

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Necesidad apremiante.

(Continuacion).

Todo cristiano, decíamos, es un soldado de Cristo. Su vida debe ser milicia trabajosa sobre la tierra. Dos ejércitos luchan hoy en el mundo cuan ancho es, bajo sus respectivas banderas por la conquista de las inteligencias y de los corazones, de la familia y de la sociedad: el ejército de los que sirven á Cristo, y las falanges de los que sirven á Satanás, los hijos de la luz, y los discípulos de las tinieblas, los católicos y los liberales. Hemos descrito la guerra que el enemigo ha declarado á nuestra fé, su poder, su astucia, su osadia, las armas que maneja, la táctica que emplea, los estragos que causa y las víctimas que vá dejando tendidas en el suelo; víctimas de ricos

y víctimas de pobres, víctimas de sábios y víctimas de ignorantes, víctimas hasta de mujeres, hasta de niños.

En presencia de tantos estragos ningun católico puede estar ocioso. Ninguno diga que quiere ser neutral, ó que no quiere tomar parte en la lucha, ó que no gusta de meterse en política, porque en el momento que lo está diciendo, ha cometido un acto de vil cobardia, de villana deslealtad, de infame traicion.

Ninguno se excuse, diciendo que no tiene ciencia, que no sabe discutir, que será vencido si entra en la lucha. Y yo digo: el que tenga ciencia, que oponga la ciencia de la verdad á la mentira científica; el que tenga una pluma que escriba; el que tenga dinero, que fomente la propaganda católica; el que tenga la espada de

la palabra, que hiera á diestro y siniestro; y cuando suene la hora de Dios, el que no tenga fusil, que lo compre, ó que se lo arrebate al enemigo. ¿No tienes ciencia, ni pluma, ni facundia, ni argumentos, ni respuestas para luchar con el enemigo? Pues lengua tienes para protestar contra los impíos y confesar la fé de Cristo. No te avergüences de confesar á Cristo delante de los hombres. ¡Ay de los que callan cuando deben hablar!

Todos los católicos están obligados á confesar su fé cuando los enemigos la niegan, á defender sus dogmas, sacramentos, y prácticas piadosas cuando los impíos las escarnecen, á salir por las glorias de Dios cuando bocas infernales blasfeman de su santo nombre.

La mujer cristiana tiene hoy deberes muy sagrados y trascendentales. En el hogar doméstico debe, si es hija, perfumarlo todo con la fragancia de sus virtudes; si esposa, moralizar con su ejemplo y santificar con su piedad el corazón de su marido; si madre, preservar de toda invasion impía el hogar, cultivarlo con celo infatigable, velar, orar, trabajar hasta convertirlo en un jardín de virtudes. La misión de la mujer cristiana es muy santa y subli-

me. ¡Ay de ella si la abandona, ó no la cumple como debe, y como lo exigen las necesidades de nuestro tiempo!

La mujer cristiana, hija, esposa, ó madre, para ejercer provechosamente su noble y trascendental apostolado, para defender su fé de los ataques, argumentos, ó preocupaciones de las mujeres poco piadosas, mundanas ó librepensadoras, para iluminar á las que se extravían á su alrededor, debe estudiar en libros de propaganda, que abundan hoy, el ataque y la defensa; debe elevar el nivel de sus conocimientos en materia de Religión; debe proveerse de armas, á saber: de razones y argumentos para iluminar con su palabra á los que ignoran las verdades de nuestra fé, y rebatir con intrepidez á los que osen atacarlas, calumniarlas, ó escarnecerlas. ¡Cuánto tiempo se gasta inútilmente en afeites, modas y trajes para engalanar el cuerpo! ¡Qué actividad, cuánto dinero, y cuánta solicitud para adquirir conocimientos inútiles, quizá nocivos, sin otra mira que la de figurar, lucir y brillar en las concurrencias mundanas! Las mujeres de buena posición, de mundo, tienen siempre tiempo de sobra para agradar al mundo; y siempre les falta para estudiar la

profesion cristiana, el arte sublime de servir á Dios y la ciencia eminente de los Santos, ó sea de salvar su alma.

Las mujeres del pueblo no pueden adquirir esos conocimientos. Bástales conocer bien la doctrina cristiana y amar de todo corazón á Dios Nuestro Señor. Abrasadas de celo por la gloria de Dios sabrán confesar su fé delante de los hombres cuando sea necesario y no dejarán pasar sin protesta cualquier ataque dirigido á sus creencias, ó á las hermosas virtudes que ellas cultivan y guardan cual rico tesoro en el fondo de su corazón.

En fin, los sacerdotes debemos ponernos al frente de este ejército de verdaderos israelitas para dirigirlos con nuestras luces y animarlos con nuestro ejemplo. Más conviene saber que si el edificio apologetico es inmutable en sus bases, sus formas exteriores se renuevan con los hombres, y cambian con los tiempos. Por espacio de muchos siglos el campo de la lucha fué la teología; en el siglo pasado el terreno elegido fué la filosofía; en el presente *la ciencia* el ariete formidable con que se trata de echar abajo no solo el cimiento del edificio católico, que son las verdades, sino también la cúpula que son las

virtudes. La herejía, que cambia de formas segun los tiempos y las necesidades de la lucha; ha tomado en este siglo la envoltura científica, y bajo esta forma deslumbradora se ofreció á las inteligencias para seducirlas y perderlas con sus brillantes atavios, cual aspid venenoso que se desliza entre las flores para ingerir, mordiendo, letal ponzoña. Habiendo cambiado la indole de la lucha, la táctica general, las fórmulas de guerra, el género de armas y hasta el mismo lenguaje, claro es que debemos estudiar estos cambios, y proveernos de armas bien templadas en nuestros arsenales apologeticos para luchar con la herejía moderna y vencerla. Las víctimas de la fascinación científica son mas numerosas de lo que nos parece. Acostumbrados á no tratar íntimamente sino a personas de arraigadas convicciones católicas, á no leer sino libros y revistas católicas, colocados quizá fuera del terreno de la lucha, no podemos saber con exactitud lo que pasa fuera de nuestro campo; no podemos conocer todas las redes de seducción que el enemigo tiende á las almas; no podemos contar los desertores y los apóstatas; pero sin temor á la nota de pesimistas podemos asegurar

que en esta nación infortunada cunde como el cáncer la incredulidad, y se multiplican cada día las víctimas del ateísmo. Esta es la verdad, muy amarga por cierto, pero verdad. Demasiado visible es el mal en toda su horrible deformidad; sería pueril negarlo, y criminal cruzarse de brazos ante sus increíbles invasiones. Conviene oír con oído atento y reflexivo la voz de Leon XIII. Con la mirada del sábio ha visto desde la alta cima donde se asienta la cátedra infalible de la verdad el movimiento de las ideas y la dirección de los espíritus, y con su autoridad de Pontífice Supremo ha dicho á los sacerdotes cuyos lábios guardan la ciencia y anuncian la ley soberana del Señor de las ciencias, que los tiempos presentes exigen una doctrina que no tan solo abrace la ciencia sagrada, sino también la ciencia filosófica enriquecida con todos los descubrimientos físicos é históricos. Para la filosofía, dice, nuestra Encíclica *Æterni Patris* ha señalado el camino y el método mejor. Pero ya que gran número de talentos distinguidos han realizado fecundas y hermosas invenciones, conviene tanto más conocerlas, cuanto que los incrédulos acogen ávidamente los progresos de cada día para conver-

tirlos en armas contra las verdades reveladas. Es preciso, pues, que el defensor de la fé se aplique más que en pasados tiempos al estudio de las ciencias naturales.»

No temamos á los modernos filisteos que nos retan á luchar en el terreno científico. Parecen gigantes y son pigmeos. Coloquémonos en frente de los nuevos problemas, y opongámos con firmeza á la mentira científica la verdad científica. Ellos nada pueden contra la verdad: nosotros todo lo podemos por la verdad. *Nihil possumus adversus veritatem. Omnia possumus pro veritate.*

ZACARIAS METOLA

— — —
¡Qué tonto era!

— — —
(Conclusion).

IV.

Nada es tan triste como el invierno en el campo, sobre todo cuando se vive hecho un solitario. Entonces no tenía yo ningún amigo en la aldea donde me habia establecido; el cura era el único hombre cuya educación hubiese debido ponerle en relación conmigo, el único con quien yo habria podido anudar amistad: pero no le veía, puede decirse. Mis preocupaciones contra los sacerdotes habian disminuido sin duda; me sentía con deseos de estudiar la religión; habia adquirido algunos libros buenos que leía durante mis largas y monótonas veladas; sin embargo, me costaba más de lo que me figuraba el desprenderme de mis antiguas prevenciones. Oía una voz secreta que me decía: Si estás equivocado, si

los sacerdotes son personas sinceras, si creen lo que enseñan, es preciso ir á consultarles y, si tienen razon, practicar lo que predicán. Esta perspectiva no me agradaba, la práctica religiosa me espantaba. Poco á poco, por temor de hacer este último sacrificio, volvía á acariar mis anteriores quimeras.

Me hallaba en estas disposiciones de espíritu cuando un sábado por la tarde, vispera del domingo de Ramos, una niña vino á buscarme con mucha prisa para que fuese á visitar á su anciano abuelo que estaba, segun decia, muy malo. Serian las seis de la tarde: enganché inmediatamente mi caballo y parti. El anciano habitaba en lo alto de una montaña muy escarpada: tuve que dejar mi carruaje al pie del monte, en casa de un colono, y me decidí á subir el camino á pie.

Encontré al anciano en mísero estado. Era un hombre de 60 años, muy vigoroso todavía; ejercía desde 40 años atrás la profesion de guarda y jamás habia estado enfermo. Pero en los últimos dias se habia enfriado y cogido el germen de una fluxion de pecho, y en lugar de cuidarse, habia cometido todo género de imprudencias. Sufria cruelmente, pero soportaba su dolor con un valor heróico.

No tuve necesidad de examinarle largo tiempo para cerciorarme de que se hallaba en grave peligro. Para él, no habia la menor duda. Su nuera, accidentalmente en la casa,—ordinariamente vivía solo—comprendió lo que pasaba, y con la ruda franqueza de los aldeanos, me dijo:

—«Es verdad que el padre se halla muy malo?»

Yo hice una señal de asentimiento con la cabeza.

—«Ved, padre, replicó ella, ved como habeis hecho mal en impedirme hacer lo que queria; habria sido mejor que Juana hubiese avisado desde luego al Sr. Cura. Y ahora ¿qué haremos?»

—«Pobre hija mia, dijo el enfermo, per-

donadme, yo me equivoqué; no podia creer que estuviese tan malo; pero conozco que estoy grave, es preciso que el Cura venga enseguida. Hacedme el favor de llamarle. Dios lo premiará. Tengo muchos pecados sobre mi conciencia; no quiero partir sin ver al sacerdote.

Yo no podia dejar al enfermo: por grave que estuviese, es posible que hubiese todavía algun medio de salvarle. Ofreci mi carruaje á la hija para que fuese á la parroquia.

—«Es ya noche oscura, me dijo ella, la nieve cae en copos y es mejor ir á pie.»

Y parti llevándose una receta para el boticario; tenia que andar 6 kilómetros para llegar á la casa del Cura.

Yo sabia que el Cura estaba enfermizo y que era tímido por naturaleza; inmediatamente mi espíritu siempre preocupado con el mismo problema, formuló esta proposicion: O el Cura cree bueno todo lo que enseña y entónces, cueste lo que cueste, vendrá: cuando se halla en peligro la salud de un alma, no debe temer la exposicion de la propia vida, y yo confieso que la expone; ó no está convencido de lo que dice y entónces, con uno ú otro pretexto, no vendrá.

Esta manera de plantear la cuestion estaba impregnada de imprudencia y malignidad; pero me gustó y esperé con impaciencia que el éxito me respondiera.

A las veces sospechaba que vendría y luego que no vendría. ¿Cómo si venia, negarle mi estimacion y mi confianza?... Durante todo el invierno solo se habia sostenido á fuerza de cuidados, yo lo sabia; segun todo cuanto habia oido decir de él, y segun mis propias observaciones, habia llegado á la íntima persuasion de que él no era ambicioso, aunque fuese esteligente; y además la ambicion nada tenia que ver en este caso: la devocion, si él era devoto, permaneceria desconocida; en fin, yo no podia dudar que él no fuese, como ya dije, tí-

mido y aun medroso. Hacer una cosa semejante, en plena noche, sin escolta, con un tiempo abominable, cuando se siente el miedo y se está enfermo, cuando no existía ningún motivo de interés humano para hacerlo, no podía ser más que el acto heroico de un hombre muy persuadido de la santidad de su ministerio.

He aquí, me podrá V. decir, unos pensamientos muy profundos á propósito de una accion demasiado sencilla. Usted perdone! La accion no es tan sencilla como podría V. pensar. Cuando se tiene fé, se le comenta así: qué cosa mas sencilla que exponer la propia vida por la salud eterna de su alma?... Pero cuando se trata de un pobre filósofo, como yo era entonces, creyendo sin duda en Dios y aun en otras verdades, pero riéndome de la confesion y desconfianza de los sacerdotes, se encuentra que este sacrificio del sacerdote es un sacrificio sublime; hay en él alguna cosa que supera las fuerzas del hombre.

Hé aquí, pues, lo que yo me decia en aquella hora solemne...; si, verdaderamente solemne, porque todo lo que me rodeaba era á propósito para inspirar á mi alma las reflexiones mas graves: fuera de la casa, ningún ruido humano, solo el rumor majestuoso del viento en los pinares; dentro, una calma completa, interrumpida únicamente por los gemidos y por las plegarias del enfermo, que se preparaba á rendir la cuenta suprema de su vida, y recogido ante Dios como si ya le hubiese visto, solo se ocupaba de las cosas de este mundo para preguntar si llegaba el sacerdote.

Poco á poco los sentimientos que le animaban vinieron á ser los míos; dos horas despues de la partida de la mensajera encargada de traer á la humilde cabaña al único que podía, en nombre de Cristo, conceder el perdón divino, yo era católico sin saberlo; temblaba pensando que el Cura no viniese; habria de buen grado

corrido á su encuentro si mi deber no me hubiese retenido allí.

Otra hora trascurrió en esta expectativa: la nieta del moribundo iba de vez en cuando á echar una mirada inquieta á la puerta y luego volvía á rezar al pié de la cama, y yo unia mi oracion á la suya.

De repente el perro, que estaba tristemente tendido á través del hogar, se precipitó á la puerta.

—¡Ya están ahí! me dije.

Una sonrisa de alegría iluminó las facciones del moribundo.

Yo me lancé al encuentro de los reciénvenidos.

La noche era oscura, y no podía verles; pero luego distinguí á algunos pasos delante de mí á la mujer sola que andaba con paso rápido.

Al verla hice un movimiento de indignacion mezclado de gozo satánico. ¡El sacerdote ha tenido miedo, pensaba, él no cree!... Note V. que podía haber estado enfermo; pero la impiedad y la razon no suelen marchar acordes; quien dice impio, dice un hombre absurdo.

—¿No ha querido venir el cura? dije á la mujer.

—Allí está, me respondió ella; venga, venga pronto.

Yo la seguí, extraordinariamente turbado: comenzamos á bajar la montaña, á media ladera, en una barraca espantosa, en donde yo apenas me sostenia, temiendo chocar contra un árbol ó contra una roca, oímos una voz débil y dulce que nos dijo:

—«No vengan ustedes tan deprisa: ya me siento mejor, no era mas que una debilidad pasajera.

En un instante se desvanecieron todas mis preocupaciones; cogí con respeto el brazo del sacerdote, que apenas se sostenia.

—Cómo se ha metido V. en un camino tan malo? le pregunté.

—Es mucho mas cierto: tenia afán por llegar. Habré llegado tarde?

—No tema V., llega aun á tiempo.

—¡Bendito sea Dios! replicó el sacerdote con una alegría de la cual no pude dudar.

—Pero ¿qué le ha sucedido á V?

—Muy poca cosa. Tengo una salud muy débil y sobre todo este invierno me siento peor; hoy, vispera de una gran fiesta, he ayunado por extraordinario, porque me obliga el ayuno, luego han venido las confesiones, que han durado muchas horas. Estaba aun en el confesionario cuando esa mujer me ha dicho que tenia necesidad de mi: estaba un poco ardoroso y me sentia fatigado; durante todo el camino he creido veinte veces que me moria. No obstante, he podido llegar hasta aquí sin novedad: esta empinada senda me ha acabado; me he sentido muy mal.

Tanta fé, tanto sacrificio en un hombre tan débil me emocionaron hasta el fondo del alma; éste solo rasgo valia mas para mí que todos los sermones. La Religion se me aparecia bajo los rasgos de este Cura, llena de vida y de socorros, divina, hasta tal punto que todo razonamiento era supérfluo.

Lo que decia el pobre Cura era muy cierto: apenas entró en la cabaña, el cambio de atmosfera le produjo una nueva conmocion; perdió el conocimiento y creia que se moria.

La desolacion de todos los presentes era extraordinaria: la mia no era menor. Por fin, volvió en si poco á poco; su mano oprimió la mia; sin que yo tuviese, por decirlo asi, conciencia de lo que hacia, mis labios oprimieron la mano sacerdotal que el Cura retiró lleno de confusion.

Eseguida se ocupó del enfermo, por el cual habia expuesto su vida. Sin que tenga necesidad de decirlo, comprenderá V. cuanto debí impresionarme con el espectáculo consolador y grandioso de la religion que abre las puertas del cielo al alma que deja la tierra. La confesion, la

comunion, las preces de los agonizantes, me emocionaron hasta hacerme derramar lágrimas; yo comparaba esta muerte con la muerte del hombre sin fé, y me estremecí ante la idea de verme privado de estos consuelos supremos.

El tiempo continuaba espantoso, el Cura se hallaba aun muy débil, y pasamos la noche en la choza. El anciano guarda murió al amanecer: su muerte se vió rodeada de una calma y de una piedad que me arrebataron.

Cuando emprendimos el camino de la aldea, sentia por el Cura tal respeto y tal amor, que estaba asombrado de mi mismo. Le confesé las preocupaciones que habia tenido en otro tiempo, y como se habian disipado una á una. El escuchaba mi relación con la sonrisa en los labios. Cuando hube concluido, me dijo:

—¡Dios es misericordioso! Mirad. Él ha iluminado á V. por decirlo asi, á pesar de V., pero no, esto no era á su pesar mas que en apariencia, V. se mantenia de buena fé en su error. Dios lo ha disipado por que la buena fé le mueve siempre. Dios no abandona jamás á un alma que le busca con sinceridad. Y ahora, créame V., no deje la obra incompleta. Dios le ha mostrado que sus sacerdotes son sinceros, escuche lo que le digan, ó mejor aun, escuche lo que le dijo su madre y la nuestra, la que guarda las verdades de la fé, la Iglesia. Pero V. puede tener dudas todavia; quiere aclararlas estudiar, profundizar las cuestiones?...»

Yo hice un movimiento de cabeza afirmativo.

—Sea, me dijo; permitame decirle una última palabra: En este momento tiene V., como otros muchos hombres, bastante fé, bastante luz divina, para saber en donde está la verdad. V. quiere dilatar esta fé, hacerla mas profunda y mas segura de si misma; para lograrlo, puede seguir dos caminos. Estudiar, meditar y, Dios mediante, descenderá mas luz en su alma; pero este camino es largo y el

corazon está poco movido, y la verdad es que el hombre se guía por el corazon mucho mas que por la inteligencia. Quiere V. ir mas de prisa, ahorrarse todos estos detalles, toços estos trabajos, poner en un instante la fé entera en el corazon, vivir la vida sobrehumana que solo Dios puede dar?... Haga V. sin tardanza un acto de humildad, uno de estos actos que dicen á Dios infinitamente bueno: «Señor, me inclino ante vos, instruidme.» Confiésese V., esto será echarse de un golpe en los brazos de Dios.

Esta proposicion me estremeció.

—Créame V., dijo el Cura, estoy seguro de mi consejo; en una hora me lo agradecerá.

Porqué, como esto se hizo, Dios lo sabe, pero solo Él lo sabe: todas mis objeciones desaparecieron; no me quedó mas que un gran temor.

Una hora despues, yo apretaba á mi buen Cura sobre mi corazon; él no se habia equivocado y yo estaba trasportado de gozo, creyendo hasta el fondo del alma. Encontraba en mi una prueba irrecusable de mi fé: solo Dios puede hablar asi al hombre!

Cuantas veces, despues, viendo á un sacerdote y recordando mis absurdas preocupaciones, me he dicho con una sonrisa mezclada de pesar: Qué tonto era y cuantos otros lo son. ¡Ah! si se tuviera el valor y el buen espíritu de mirar las cosas de frente, si se supiese hacer callar esas dos señoras mentirosas que se llaman la imaginacion y la pasion ¿en dónde estarian los impios sobre la tierra?

Cárlos Dubois.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

Cuando Enrique VIII de Inglaterra se separó de la Iglesia porque el Papa no quiso anular su legitimo matrimonio, mandó que fuesen á su palacio dos religiosos, llamados Peito y Ustovo, y les dijo:

—Si no os declarais partidarios de la Reforma, os haré arrojar al Tamesis.

A lo que contestaron ellos:

—Nosotros sólo deseamos ir al cielo, y lo mismo nos dá llegar allí por tierra que por agua.

—=—=

En los Estados-Unidos se ha presentado una ley hecha en el Congreso, por la cual comienza el reposo dominical el sábado á medio dia.

Desde esa hora quedan prohibidos los trabajos, y en todas las oficinas y establecimientos públicos y privados se suspenden las operaciones.

¡En España, no se observa este precepto, ni aun los Domingos!

—=—=

En 1803, durante la invasion francesa del Piamonte, celebrábase en Turin una solemne procesion en memoria de la célebre Hostia milagrosa que allí se venera. Un barbero, conocido por su cinismo, despues de haber estado burlándose de la procesion delante de cierto parroquiano, salió de su tienda para verla desfilar, haciendo la fanfarronada de permanecer con el sombrero puesto y negarse á quitárselo á pesar de las instancias que se le hicieron para ello. En el momento de pasar el Santísimo Sacramento estaba el hombre allí plantado como desafióndole, cuando de repente cae muerto en el mismo sitio donde se encontraba. El hecho fué tan ruidoso y produjo tal emocion que las autoridades de Turin mandaron exponer el cadáver delante de las casas consistoriales durante treinta y seis horas.

